

Mirada constitucional



Carlos Peña

La derecha y la tortuga

Evelyn Matthei acaba de sugerir que el desafío de la derecha es representar el 62% que rechazó el primer proyecto constitucional. Y para ello instó a organizar primarias que dirimieran la candidatura presidencial del sector (esa palabra, "sector", es la forma en que, por razones misteriosas, la derecha se refiere a sí misma) entre Kaiser, Kast y ella misma.

De esa manera Evelyn Matthei expresa, y a la vez intenta remediar, uno de los problemas que hoy padece la derecha: como todos piensan que el triunfo está al alcance de la mano, todos creen poder asirlo.

Se trata de un fenómeno harto predecible y suficientemente conocido: como la victoria parece segura para la derecha, sus miembros comienzan a creer que el problema no consiste en ganar la elección, sino en discutir quién del sector se hará de ella. Al no existir, hasta ahora, un candidato o candidata de la izquierda, se alimenta esa confianza de la derecha; pero a la vez se siembra en ella la rencilla por hacerse de ese poder que se vislumbra seguro.

Es lo que explica que Kaiser, Kast y Matthei aparezcan como rivales.

Sin embargo, las categorías de izquierda y de derecha o mejor la idea de que hay gente de izquierda y gente de derecha (como hay gente de este equipo de fútbol y de este otro que se aferran a ellos incluso en los peores momentos) siendo ahora esta última sería mayoritaria, no parece respaldada en los hechos. Lo que muestran los hechos es más bien que las preferencias políticas están desancladas, carentes de arraigo en factores sociológicos que permitan predecir las preferencias.

En el diecinueve el divaje (es decir, la línea que divide las preferencias) fue la cuestión de la laicidad o no del estado; durante el XX la clase social a la que se creía pertenecer; y luego de la dictadura fue la diferencia entre autoritarismo y democracia que se estiró casi hasta el segundo gobierno de Bachelet. Durante este siglo (el siglo en que se expandió el consumo y aparecieron grandes grupos medios) el divaje se ha vuelto caprichoso y variable. En efecto, en estas décadas la ciudadanía ha mostrado estar dispuesta a dar el poder a la derecha por dos veces, pero también a rechazarla con violencia; se ha mostrado dispuesta a torcer el rumbo de la modernización capitalista pero solo para retomarlo muy pronto; pareció entusiasmada con la renuncia al ideal del estado nacional, pero solo para adherir a él un poco más tarde; y los viejos temas que encendían el debate (como las cuestiones morales) hoy día parecen interesar cada vez menos y cuando lo hacen poseen un tinte marcadamente generacional que prescinde de las preferencias políticas (es el caso, por ejemplo, del aborto).

Y el 62% por ciento que rechazó el primer proyecto constitucional (en el que Evelyn Matthei parece confiar) no escapa a esa regla de volatilidad y falta de arraigo.

Por eso decir que la derecha tiene posibilidades de hacerse de ese 62% es tan plausible como decir que la izquierda tiene posibilidades de hacer suyo el 55% que rechazó el segundo proyecto constitucional.

Ni lo uno, ni lo otro.

Ese electorado arraigado en una preferencia pasada no existe, es un prodigio de la imaginación en tiempos electorales estimulada por la confianza. Y sí, es cierto que por ahora todo parece favorecer al sector (para respetar el término con que la derecha se denomina a sí misma); pero la fábula de Esopo con que se enseña a los niños el peligro de la confianza excesiva y cuyo personaje central es la liebre ensobrecida y engreída, también enseña a la izquierda las virtudes que posee tener conciencia de tortuga.